

ducida por diez remeros negros bajo la dirección de Samba Boubou, patrón habil y piloto avezado de los ríos de aquel país, para subir hasta el puesto militar de Gadianga, situado á una distancia de algunas leguas

Aquella noche sin luna y sin nubes, una verdadera noche del ecuador, tranquila, despejada y ardiente, era hermosa.

Nuestros viajeros iban deslizándose por el río, con extraña rapidez, arrastrados por una corriente rápida y por el infatigable esfuerzo de los remeros.

Y las líneas que formaban las dos orillas iban desfilando en la obscuridad; los árboles, que la noche hacía ver como oscuras masas, pasaban como grandes y fantásticas sombras y huían sin cesar para dejar paso á nuevos fantasmas de formas distintas.

Samba-Boubou dirigía el coro cantado por los remeros; su voz triste y cascada daba una nota alta de un timbre salvaje y la filaba, como un quejido, hasta las escalas más bajas; entonces el coro repetía aquellas notas con lentitud y durante largas horas se oía el mismo canto monótono seguido de la misma contestación de los remeros.

Cantaron las alabanzas de los spahís, las de sus caballos y hasta de sus perros; después las alabanzas de los guerreros de la familia Saumare y las de Sa-boutane, mujer legendaria del Gambia.

Y cuando la fatiga ó el sueño eran conocidos por

el movimiento regular de los remos, Samba-boubou silbaba entre dientes y aquel silbido de reptil repetido por todos reanimaba su ardor como por magia. Así fueron deslizándose toda la noche á lo largo de los inmensos *bosques sagrados* de la religión, en que gigantescos y añosos árboles extendían sobre sus cabezas enormes ramas grises; estructuras angulosas, aspectos gigantescos que se dibujaban vagamente á la pálida y difusa claridad de las estrellas... después, pasaban.

Al canto de los negros y al ruido del agua corriente se mezclaban los gritos guturales y siniestros de los monos y los graznidos de las aves acuáticas; todas las llamadas y todos los tristes ruidos de la noche resonaban en la soledad de aquellos bosques....

A veces también se mezclaban con este ruido gritos humanos, gritos de muerte, disparos y rumores de guerra.

Grandes claridades producidas por los incendios se elevaban á lo lejos por encima de los bosques indicando el sitio ocupado por los pueblos africanos. En todo aquel país se batían: Sarakholes contra Lau doumaus. Nalons contra Boubacayes y todos los pueblos eran incendiados más ó menos tarde.

Después, durante muchas leguas, todo volvía á caer en el silencio de la noche y de los inmensos bosques.

Y volvía á oirse el mismo canto de los remeros, el mismo ruido producido por los remos al batir las aguas, y seguía la misma caminata fantástica á traves de ellas.

La marcha parecía acelerarse cada vez más. El río se había estrechado mucho, y más bien parecía un arroyo que surcaba los bosques.

La noche era profunda.

Los negros continuaban sus cánticos como entre sueños y remaban con verdadero furor como galvanizados por el deseo de llegar y por una fuerza sobrehumana.....

Por fin el río se encauza entre dos filas de frondosas colinas. Algunas luces brillan allá arriba sobre una gran roca que se dibuja ante nuestros viajeros; las luces parecen correr y bajar hacia ellos.

Samba-Boubou enciende una antorcha y lanza un grito de aviso.

Las gentes de Gadianga salen á su encuentro; han llegado.

Gadianga está allí, en la cima de aquella roca vertical.

Nuestros viajeros suben por escarpados senderos, alumbrados por negros con antorchas encendidas, y una vez allá arriba descansan en una gran tienda de campaña que se les ha preparado esperando el día que no tardará en aparecer.

XXVI

Juan se despertó el primero después de una hora de sueño y á la claridad del día vió á todos sus compañeros que, medio desnudos, descansaban echados en el suelo con la cabeza apoyada sobre sus ropas. Bretones, Alsacianos y Picardos, casi todos de cabezas rubias, y Juan tuvo en aquel momento de despertar una especie de lucidez triste y misteriosa que le dió el presentimiento de que la mayoría de aquellos infelices desterrados, habían de encontrar la muerte antes de volver á su pátria.

Después contempló á su lado una forma graciosa de mujer con los dos negros brazos levantados en arco sobre la cabeza é inclinados hacia él como para sujetarle.

Entonce fué acordándose poco á poco de que la noche anterior había llegado á un pueblo de la Guinea, perdido en medio de las inmensas regiones salvajes, y de que estaba más que nunca alejado de la patria y en un lugar donde ni aún las cartas de sus padres le llegarían.

Sin hacer ruido para no despertar á Fatou y á los spahis que dormían todavía, se aproximó á la ventana abierta y miró aquel país desconocido.

Desde allí se dominaba un precipicio de cien me-

tros de altura y la tienda en que estaban los shapis parecía suspendida en el espacio al mirarla desde fuera.

Colinas frondosas que ostentaban masas de verdor como Juan no había visto nunca, se admiraban por uno y otro lado.

Y en el fondo de este cuadro estaba el río, que los había llevado hasta allí, arrastrándose en larga cinta de plata que aparecía medio velada por los vapores matinales. Los caimanes, vistos desde aquella altura parecían gusanos de luz. Un aroma desconocido del spahi inundaba el aire.

Los remeros, extenuados de fatiga, dormían, acostados en su canoa, en el sitio en que habían quedado la víspera.

XXVII

Un límpido arroyo corría sobre un lecho de piedras oscuras entre dos murallas de rocas húmedas y pulimentadas. Los árboles formaban espesa bóveda, y el todo constituía un conjunto tan frondoso y tan fresco que se hubiera creído uno en todas partes, menos en un rincón del África.

Había allí mujeres desnudas, del mismo color de las rocas, que estaban lavando y charlando á un tiempo con animación sobre los últimos acontecimientos de la guerra que azotaba el país.....

.....
 Juan salió á dar su primer paseo por aquel pueblo á que su destino le había llevado por un tiempo, cuya duración ignoraba. Los asuntos iban cada vez peor, y el pequeño puerto de Gadianga prevía el momento en que tendría que cerrar sus puertas para dejar á la política negra tiempo de calmarse, de igual manera que cierra uno su ventana cuando cae un chaparrón...

Pero en todo aquello había movimiento, vida y originalidad hasta el exceso. Había allí verdura, bosques, flores, montañas y aguas vivas; una espléndida naturaleza, en fin, que no tenía nada de triste y sí mucho de misterioso y atractivo.....

.....
 A lo lejos se oye el ruido del tambor: es una música de guerra que se aproxima y llega por fin atronadora. Las mujeres que lavan en el arroyo y Juan con ellas, levantan la cabeza y miran.

Es un jefe aliado que pasa con gran pompa, llevando la música á la cabeza de sus fuerzas.

Las armas y los amuletos de los guerreros que le siguen brillan á la luz del sol.

Cerca del medio día era cuando Juan subió al pueblo por senderos de verdura.

Las chozas de Gadianga están agrupadas á la sombra de los grandes árboles. Son muy altas y casi elevadas bajo sus grandes tejados de paja.

Algunas mujeres duermen en aquellas chozas echadas en el suelo sobre blancos paños y otras, sentadas, mecen á sus hijos cantando con lentitud.

Y los guerreros que vuelven á su casa, armados de pies á cabeza, cuentan sus batallas de la víspera, mientras limpian sus grandes cuchillos.....

No, decididamente, aquello no es triste.

Es verdad que el aire que se respira es sofocante; pero no tiene aquella pesadez terrible de las riberas del Senegal, y la poderosa savia ecuatorial que circula por todas partes, lo alegre y vivifica todo.

Juan mira y se siente vivir.

En aquel momento no siente haber ido allí, pues su imaginación no sospechaba nada semejante á aquellos países.

Más tarde, en su pueblo, cuando él esté de vuelta, podrá recordar con gusto aquella región lejana, al lado de sus padres y de su prometida.

Le parece que aquella temporada que va á pasar en el Ouankarak, es como una época de libertad en un magnífico país de caza, donde se interrumpirá la monotonía y la regularidad mortal del destierro.

XXVIII

Juan tenía un relój de plata ya viejo, al cual tenía tanto apego como Fatou á sus amuletos.

Era el reloj de su padre, que el pobre viejo le había entregado al tiempo de partir. Este y una medalla que llevaba colgada al cuello con una cadenita, eran los objetos que más apreciaba en el mundo.

La medalla tenía la imagen de la Virgen, y se la había puesto su madre en cierta ocasión en que estuvo muy enfermo, siendo niño, muy niño...

Y sin embargo, recordaba perfectamente el día en que la medalla había tomado posesión del puesto que ahora ocupaba para no abandonarle jamás: estaba él en su cunita, postrado por una de esas enfermedades que padecen los niños (la única que había tenido en su vida), y al despertarse una vez, había visto á su madre que estaba á su lado llorando; era un día de invierno, y por la ventana se veían las montañas cubiertas de blanquísima nieve... Su madre, levantando dulcemente su cabecita, le había colgado al cuello aquella medalla; después le había dado un beso, y él se había vuelto á dormir.

Hacia de esto más de quince años. Después aquel cuello había engruesado mucho, y aquel pecho había ensanchado; pero la medalla permanecía fija en el mismo sitio, y Juan no había sufrido nunca tanto como una vez (la primera que el spahi había ido á lugares donde anida el vicio), en que las manos de cierta mujerzuela, habían tropezado en la sagrada medalla, siendo por un momento objeto de mofa para aquella desgraciada criatura.

En cuanto al reloj, lo menos hacía cuarenta años que había sido comprado de lance por su padre, en el tiempo en que éste estaba en el servicio, con sus primeras economías de soldado. En otro tiempo debía haber sido un buen reloj, pero ahora era feo, abultaba mucho, y denotaba en todos sus detalles una edad venerable.

Su padre le consideraba aún como un objeto de gran mérito, pues entre los montañeses de su pueblo los relojes no abundaban.

El relojero de un pueblo vecino que le había compuesto en cierta ocasión, había declarado que tenía una máquina muy buena. Así es que su anciano padre, le había entregado aquella joya, compañera de su juventud, haciéndole toda clase de recomendaciones.

Juan le había usado al principio; pero en el regimiento, siempre que él miraba la hora, se oían ruidosas carcajadas, y *aquel caldero* había sido causa de tantas burlas, que el pobre Juan se había puesto dos ó tres veces rojo de cólera y de dolor. Preferiría haber recibido mil injurias él mismo ó haber sido abofeteado, que no haber oido faltar al respeto á aquel venerado relój. Esto le causaba tanto más disgusto, cuanto que en su interior se había visto obligado á reconocer también que aquel pobre y viejo relój tan querido era un poco ridículo. Esta circunstancia de verle así rebajado y menospreciado le había hecho tomarle aún mayor cariño.

Entonces, para evitarle semejantes afrentas, había cesado de llevarle y hasta había dejado de darle cuerda para no fatigarle, y mucho más que después de las sacudidas de aquel viaje y bajo la influencia de aquel clima de fuego había empezado á marcar las horas todas confundidas.

Juan le había encerrado con amor en una caja donde guardaba sus objetos más preciosos, sus cartas y sus recuerdos del país.

Esta caja sagrada, que los marineros tienen siempre y los soldados alguna vez, era para Juan un objeto de adoración.

Fatou-Gayé tenía prohibición formal de tocarla.

Pero la curiosa negrita se sentía atraída por aquel reloj y habiendo encontrado por fin el medio de abrir el precioso cofrecillo, había aprendido ella sola á dar cuerda al reloj y á hacer girar sus manecillas.

Entonces aproximándole á su oído escuchaba entusiasmada aquellos ruiditos que le arrancaban exclamaciones y gestos de sorpresa.

XXIX

Jamás se experimentaba en Gadianga la más ligera sensación de frescura ó bien estar.

Desde por la mañana, bajo aquellos admirables verdores, la misma temperatura pesada y mortal; desde antes de salir el sol, en aquellos bosques habi-

tados por los monos, las cotorras y los colibris; en aquellos senderos llenos de sombra, en aquellas altas hierbas húmedas; por entre las cuales se arrastran las serpientes, siempre, siempre el mismo calor de estufa, húmedo, sofocante, envenenado...

Los pesados calores del ecuador, concentrados todas las noches bajo el follaje de los grandes árboles, permanecen allí y el aire que se respira es mortal.

Al cabo de tres meses, como se había previsto, el país estaba tranquilo y la guerra y las matanzas habían terminado.

Las caravanas empezaban á aparecer llevando á Gadianga, del fondo de Africa, oro marfil y plumas, todos los productos del Soudan y de la Guinea interior.

Y habiendo sido dada la orden para que volvieran los refuerzos, un navío fué á esperar á los spahís á la entrada del río para volverlos á llevar al Senegal.

¡Ay!.. No estaban ya todos!.. De doce que habían salido, dos no podían acudir al toque del regreso; dos dormían el sueño profundo de la muerte bajo la tierra cálida de Gadianga. La fiebre había hecho dos víctimas...

Pero la hora de Juan no había llegado, y un día nuestro spahí volvió á emprender en sentido inverso el camino que había recorrido tres meses antes en la canoa de Samba Boubou.

XXX

Eran las doce, ó sea el medio día, cuando una piragua mandinga, cubierta con un toldo mojado, partió llevando á los spahís.

Para aprovechar la sombra procuraban acercarse á la orilla y pasar bajo las espesas y frondosas ramas de los árboles.

El agua parecía estancada é inmóvil como si fuera aceite, y sobre ella se veían levantarse por algunos sitios nubecillas de vapor que eran peligrosas emanaciones de fiebre.

El sol estaba en el zenit y caía á plomo desde el centro de un cielo gris violáceo.

El calor que hacía era tan grande, tan terrible, que los remeros negros se veían obligados á descansar de cuando en cuando á pesar de su resistencia. El agua tibia no podía apaciguar su sed y estaban como deshechos, como fundidos en sudor.

Y entonces, cuando se detenían, la piragua, arrastrada suavemente por una corriente casi insensible, continuaba su camino pegada á la orilla.

Entonces los spahís pudieron contemplar á su gusto á los habitantes de los inmensos árboles y de las enramadas; esos habitantes que pueblan los pantanos de toda el Africa ecuatorial.

A la sombra en las espesuras que forman las grandes raíces, dormían aquellas familias.

Allí, á dos pasos de ellos, que pasaban sin ruido, desliziéndose tan lentamente que ni aún asustaban á los pájaros, había caimanes extendidos muellemente en el fango, bostezando; había también ligeros airones blancos, que dormían hechos una bola que parecía de nieve y apoyaban una de sus patas para no mancharse sobre el lomo de los caimanes; había pájaros de todos los verdes y de todos los azules durmiendo la siesta junto á el agua en compañía de los perezosos reptiles; insectos preciosos y desconocidos; enormes mariposas que abrían y cerraban lentamente sus alas, asemejándose al cerrarlas á hojas secas y al abrirlas á brillantes y deslumbradoras joyas por sus reflejos nacarados y metálicos.

Entre aquelenjambre se veían sobre todo raíces, raíces de árboles colgando por todas partes en enredadas madejas, las había de todos los gruesos, de todos los calibres, enredándose á todo y por todas partes. Parecían millares de trompas de elefantes de brazos grises, queriendo enlazarse é invadirlo todo...

Cuando los remeros negros tomaron aliento empezaron á tararear por lo bajo su canción favorita y manejaron los remos con verdadero furor.

Entonces la piragua de los spahís, surcando las tranquilas aguas emprendió rápidamente el sinuoso curso del río.

A medida que se acercaban al mar las colinas y los grandes árboles iban desapareciendo, y aparecían las inmensas llanuras.....

El calor sofocante del medio día había pasado, y algunos pájaros cruzaban el espacio.

A derecha é izquierda se abrían de cuando en cuando otras corrientes de agua tan tranquilas y tan silenciosas como la que seguían nuestros viajeros, y que iban á perderse á lo lejos, bordeadas por los mismos árboles y por la misma verdura.

Era necesaria toda la experiencia de Samba Boubau para no perderse en aquel dedalo de ríos.

No se oía ningún ruido, ni se veía ningún movimiento, á excepción de los enormes chapuzones de un hipopótamo, que turbaba el rumor cadencioso que producían los remos, dejando en las tranquilas aguas grandes remolinos.

Así es que Fatou Gayé, acostada en el fondo de la piragua para mayor seguridad, cerraba bien los ojos y se ocultaba bajo un doble abrigo de hojas y de telas mojadas.

Y es que la negrita se había informado bien y sabía qué clase de huéspedes suele haber en semejante sitios.

Cuando llegó á Poupoubal había hecho el viaje entero sin atreverse á mirar á ninguna parte.

Para decidirla á que se moviera, Juan tuvo que

darla su palabra de que habían llegado y de que era ya completamente de noche y, por consecuencia, el peligro no existía ya.

La pobre Fatou estaba acurrucada en el fondo de la piragua y á las palabras de Juan, respondía con la voz doliente de un niño mimado.

Pedía que Juan la llevase en brazos hasta tierra firme lo cual verificó al pie de la letra.

Estas maneras melosas encontraban siempre eco en el corazón del pobre spahí, que muchas veces miraba á Fatou por esa necesidad de querer á alguien y de prodigar la ternura que rebosa de un corazón joven y bueno.

XXXI

El gobernador de la Gorea se acordó de la promesa que había hecho al spahí Pedro Boyer, y á su regreso, Juan, fué destinado á San Luis para terminar allí su tiempo de servicio.

Nuestro spahí no pudo menos de sentirse emocionado al ver reaparecer el país de la arena y la blanca ciudad.

Se sentía unido á aquella tierra como se siente uno unido á todos los lugares donde se ha vivido y se ha sufrido mucho tiempo.

Además sintió cierta alegría en los primeros momentos al encontrar casi una *ciudad*, casi la civiliza-

ción con las costumbres y los amigos de otro tiempo: cosas todas que había sido necesario que se viera privado de ellas para que ahora pudiese apreciarlas algo.

En San Luis del Senegal las casas no se alquilan fácilmente, así es que la de Samba-Hamet permaneció deshabitada al regreso de Juan y Fatou.

Volvieron, pues, á instalarse en ella y los días volvieron á tomar para el spahí el curso monótono de otro tiempo.

XXXII

Nada había cambiado en San Luis.

La misma tranquilidad en el cuartel, las mismas negras, machacando eternamente en sus morteros la harina para hacer el kouskous, los mismos ruidos familiares, y en otras horas el mismo monótono silencio y la misma calma de la naturaleza abatida ..

.....
Pero Juan estaba cada día más cansado de aquellas cosas.

También estaba más cansado de día en día de Fatou Gayé, y su querida negra había acabado por hastiarle.

Se había hecho esta cada vez más exigente y más mala; sobre todo desde que había comprendido la influencia que ejercía sobre Juan al ver que éste se

había quedado y había permutado por su causa.

Con frecuencia había entre ellos escenas borrascosas.

Fatou exasperaba al spahi á fuerza de perversidad y de malicia.

Entonces Juan había empezado á castigarla con el látigo, al principio dando flojo, pero luego más fuerte.

Sobre la desnuda espalda de Fatou Gayé los latigazos dejaban á veces marcadas endaduras: negro sobre negro.

Después el spahi lo sentía, y se avergonzaba de su conducta.....

Un día, al volver á su casa, Juan había visto de lejos á un *kassonke*, una especie de gorilla negro, saltar rápidamente por la ventana.

No dijo una palabra porque, después de todo, le era igual lo que Fatou pudiera hacer.

Habían acabado por completo los sentimientos de lástima y quizá de ternura que Juan había sentido por ella.

Estaba cansado de ella, y la despreciaba, y solamente por inercia la conservaba á su lado.

El último año había llegado: ya no estaba lejos el fin, la vuelta al país querido. ¡Ya contaba por meses el tiempo que le separaba de su patria!

El sueño había huido de sus ojos, como suele suce-

der cuando se ha vivido algunos años en esos países enervantes, y pasaba las noches apoyado en el alfeizar de su ventana aspirando con voluptuosidad las brisas de aquel último invierno y sobre todo soñando con la vuelta al país.

Sentía un bienestar singular al contemplar esas hermosas noches de los países cálidos, esas claridades rosadas estendiéndose sobre la arena y esos rastros plateados rielando sobre el agua tibia del río.

Todas las noches el viento le llevaba de las llanuras de Sorr el grito lejano de los chacales... y ¡cosa rara! hasta aquel grito lúgubre había llegado á ser para él un ruido simpático y familiar...

Y cuando pensaba que muy pronto iba á dejar todo aquello para siempre, cierta tristeza incomprensible y vaga, dejaba caer una gota de amargura en la alegría que le proporcionaba la idea de por volver al hogar.

XXXIII

Hacía ya muchos días que Juan no había abierto la caja en que guardaba sus objetos preciosos, y por consecuencia muchos también que no había visto su querido y viejo reloj.

Estaba en el cuartel ocupándose de su servicio, cuando de pronto, y sin saber por qué, pensó en él con inquietud.